

## BLOC DE NOTAS

## El mundo intimista de Lalla Romano

La penumbra que hemos atravesado es una hermosa novela sobre los recuerdos y las decepciones familiares

LUIS M. ALONSO

Mario Soldati cortejó a Lalla Romano de manera algo distraída, según ella misma contó. Hay más de un paralelismo entre Romano (Demonte, 1906-Milán, 2001) y Soldati, por encima incluso del amor al cine y la estrecha amistad que los unió. Pertenecen al mismo grupo de escritores antifascistas italianos hijos de un tiempo –Pavese, Beppe Fenoglio, Elsa Morante, Natalia Ginzburg, etcétera– que supieron combinar neorrealismo y poesía en su narrativa. Distintos en la manera y las formas pero disociables por los lazos que la cultura tiende en un mundo abarcable, como fue el italiano de la posguerra. Algunos desaparecieron demasiado pronto, Pavese y Fenoglio; otros, Romano y Soldati, los dos piemonteses murieron siendo nonagenarios después de dejar tras de sí un intercambio epistolar que ha ayudado a interpretar lo que tenían en común: sensibilidad, imaginación y una técnica compartida del sentimiento que les llevó a ser los primeros lectores de los borradores de sus libros.

Romano era una mujer enérgica, alta, sólida, dura e impenetrable. Pintora de formación, poeta y narradora, vivió 95 años y escribió hasta el final de sus días. La mayor parte de su vida permaneció casada con un banquero, tuvo un hijo con el que jamás llegó a entenderse y acabó enemistándose definitivamente al describir la relación que mantenían en **Suaves caen las palabras**, que ganó en 1969 el Premio Strega y hace ya unos años publicó traducida al español Libros del Asteroide. Un precioso libro sobre los recuerdos y las palabras que no se dicen y se guardan entre una madre y un hijo.

Ahora, Periférica, haciendo gala una vez más de su valiente apuesta literaria,



**La penumbra que hemos atravesado**

Lalla Romano

Periférica, 2019, 288 páginas, 19 euros



publica **La penumbra que hemos atravesado**, una novela que se mueve en múltiples direcciones y se superpone con varios niveles de lectura. En ella, Romana recuerda de adulta el mundo de su infancia y en particular de su madre, informa sobre las impresiones y emociones que sintió cuando era niña. Hay mucha nostalgia en esta historia retrospectiva que a veces entraña misterio y otras sencillamente se pierde en una memoria algo inexacta y truncada. Literatura proustiana de alto voltaje, si prefieren decirlo de otra manera. “De pequeños salíamos siempre acompañados por ellas (las criadas), con sus delantales blancos, con el encaje almidonado. Eran Cinta; Anin, la de las mejillas rojas, que acompañaba a Bellina; raramente a Idina; Antonia, gorda y monacal, malhumorada; había que tener un respeto especial hacia ella ‘porque era viuda’. Mamá contó que en Turín el servicio doméstico se había rebelado contra la librea y el delantal blanco. –Porque son un símbolo de esclavitud –comentó. A mí la extraña noticia me pareció bien y me quedé aguardando una confirmación”. (página 197)

**La penumbra que hemos atravesado** es, al igual que **Suaves caen las palabras**, una obra intimista cargada de sensaciones que sólo parecen concernirle a su autora y que, sin embargo, implican al lector desde el primer momento en que abre el libro. La madre es la figura central de la novela y Romana se encarga de dibujar en torno a ella la problemática oculta que originan las decepciones familiares. La figura del padre, incluso si se compara con la materna, no es marginal, Romano le dedica igual ternura en algunas de las descripciones que hace sobre la vida cotidiana. “En el sueño, y después al pensar en él, la sensación de ser una huérfana se materializaba en una tristeza profunda y compacta, pero como si fuese por una desgracia ya lejana, sucedida hace mucho, mucho tiempo”. (página 157)

Lalla Romano recibió formación pictórica durante años: la pintura y la literatura representan momentos inseparables de un viaje que atravesó el siglo XX, y que combina la emoción del paisaje con la poesía y la narrativa. En la actualidad puede que no sean muchos los que la lean, pero algunas de sus melancólicas novelas siguen formando parte de lo mejor que se ha escrito en el siglo XX italiano.

## POESÍA

## La edad de la viveza

Javier García Rodríguez publica **Mi vida es un poema**, un libro en torno a la adolescencia

LAUREN GARCÍA

El poeta Javier García Rodríguez se asoma a la rutilancia vital, abismos de duda y pasos inciertos de los adolescentes con el poemario **Mi vida es un poema**, ilustrado brillante y laboriosamente por María Herreros. Colorido en las formas artísticas y en el fondo literario. Sentimientos y ensoñaciones primerizas que se perfilan al mundo, entre una ternura despierta, fuerza de un enérgico despertar y una singular concepción del cosmos. Todo ello con el refuerzo de la poesía. Adentrarse en el mundo de un joven resulta todo un ejercicio literario, sumergirse en una edad y estado de ánimo, según su autor. “El acercamiento al mundo juvenil lo hago desde el lenguaje, y no desde una supuesta identificación mal entendida. Tampoco desde la condescendencia ni el paternalismo. En la poesía, el artificio debe ser máximo, pero no debe notarse. Por lo tanto, la naturalidad en poesía es siempre artificial”, reflexiona. García Rodríguez se acerca a lo poético con humor y juegos de palabras. “La función lúdica de la poesía no está reñida con la profundidad. De hecho creo que está función está el origen de la poesía. Jugar con las palabras es dotarlas de una nueva vida. Las palabras están vivas en los poemas. En el diccionario están muertas. Eso no quita para que yo intente llevar al límite las posibilidades del género, ampliándolo o poniendo en duda alguna de sus inercias, etc”. En la temática de los poemas están muy retratadas las costumbres, pasiones y nuevas realidades de los jóvenes de hoy, desde los fulminantes wasap a los nuevos iconos de moda.

“La editorial ha confiado, precisamente, en el hecho de que no sea una propuesta convencional, sino arriesgada, que no suena a esa nueva poesía que ni es poesía ni es nueva, y que solo busca los mínimos estéticos y sentimentales utilizando trampas muy burdas”, afirma el autor. En ese trabajo editorial hay además una gran idea. “La decisión de proponer a María Herreros como ilustradora del libro es un acierto total. La cubierta es una joya. Y las ilustraciones del interior potencian el sentido de los poemas. Un lujo colaborar con ella. El diseño del libro como objeto es una maravilla. En la editorial han imaginado y se han dejado llevar por la imaginación. Sobre el posibles alienta a la lectura que pueda generar el poemario, García Rodríguez opina que “los lectores futuros se crean de muchas maneras. En ningún caso obligando a leer. Ser lector es un ejercicio de imaginación, de búsqueda, de placer y de esfuerzo. La poesía es el género más fosilizado y establecido históricamente, pero al mismo tiempo es el que permite abrir más puertas. Leer poesía hoy se ha puesto de moda, por lo que parece. El lector de poesía viene de la música, del rap, del Slam poetry... Pero a mi juicio no debe quedarse ahí. Cada lector es un mundo”.

La literatura infantil y juvenil ha de ser apta para todos los públicos con un criterio unívoco de calidad, como argumenta el escritor. “No me cabe duda de que, para respetar a sus lectores, la literatura infantil y juvenil debe tener la misma calidad que la “otra literatura”, si es que podemos llamarla así. No tengo muy clara en mi trabajo la distinción. La inmensa mayoría de los poemas de **Mi vida es un poema** podrían formar parte de un libro “para adultos” sin que estos sintieran que se les estaba infantilizando”.



**Mi vida es un poema**

Javier García Rodríguez

Ediciones SM

176 páginas, 12,95 euros